

Novela Popular Cinematográfica

Año I
Núm. 7

El flirt



25 céntimos

Protagonista:
Elleen Percy

Revista Semanal

EL FLIRT

Protagonista: EILEEN PERCY

I

La familia Rodríguez vive en una ciudad moderna, de anchas calles y de bellos paseos, de América. La ciudad se llama Villanueva.

La familia Rodríguez es numerosa. Pertenecen a la clase media. Tiene una linda casa en las afueras de la población, y Rodríguez padre, que es quien lleva sobre sus hombros todo el peso del sostenimiento de la familia, se dedica al comercio. Es un hombre chapado a la antigua, incapaz de aventurarse en grandes negocios, y, por lo tanto, de una honradez ejemplar.

En toda la ciudad es conocida y frecuentemente elogiada la vida de Rodríguez y aunque se ignora si posee o no un gran capital, su firma tiene un crédito y un prestigio tal que si fuese millonario. Puesta al pie de un documento cualquiera, se la considera como la más seria y eficaz garantía.

En el hogar, la vida de Rodríguez y los suyos se parece a otras muchas vidas de gentes corrientes, sin grandes inquietudes ni deseos irrealizables. La compra de un nuevo coche o el nacimiento de un niño, constituyen para todos verdaderos acontecimientos.

Hay entre los hijos riñas, propias de un hogar familiar; hay un hermano pequeño que se burla de todo; hay, en fin, entre todos, un gran exceso de amor, pero de un amor tranquilo, como todas las costumbres de la casa. Desde fuera, el hogar de Rodríguez es considerado como un Edén. Dentro, es nada más que tranquilo, sin que nada logre turbar esta tranquilidad.

Sin embargo, un observador atento puede advertir que toda la familia Rodríguez oscila alrededor de uno de los que la componen, exactamente lo mismo que los planetas giran alrededor del Sol. El Sol aquí es la hija Carmen, una bellísima criatura que ha iluminado y maravillado a todos los suyos con su belleza.

Carmen, tanto por su gracia y su encanto, cuanto por impulso de su temperamento, el único rebelde en toda la familia, es coqueta, extremadamente coqueta.

Se pasa horas enteras, al levantarse, haciéndose la «toilette» y nadie, en la casa, se atreve a reprocharle su tardanza en salir de sus habitaciones para tomar el desayuno.

Cuando Carmen desea alguna cosa y los demás tardan en cumplir sus deseos, llora y se desespera, pateando en el suelo, hasta tanto que se satisfacen sus caprichos. Se ha erigido así en el tirano de la casa. Pero los demás no se dan cuenta de ello, pues que aceptan gustosos, sugestionados por las prendas personales de ella, todas sus genialidades.

Carmen flirtea con todos los muchachos jóvenes que visitan la casa, comprometiéndose con harta frecuencia, en las relaciones hacia las que no siente, en verdad, ninguna inclinación. Y esto, que dada la seriedad de la familia Rodríguez no le habría sido permitido a ninguna de las otras

hijas, pasa desapercibido por ser Carmen la protagonista de ello.

Es corriente que todas las familias sientan alguna debilidad por alguno de sus miembros, y así el caso que presenciamos con Carmen Rodríguez no nos sorprende grandemente.

Pero también hay siempre alguien, del seno de la propia familia, que de vez en vez da muestras de disconformidad respecto a lo que ocurre. En la familia Rodríguez no podía faltar este elemento. Lo cumple, a la perfección, el papel de no estar de acuerdo, el hermano menor, llamado Tomás, muchacho gracioso y travieso y de una viveza de genio extraordinaria.

El es quien dice un día, a la hora de la comida, que Carmen acaba de hacerse prometida de Ricardo Sánchez, uno de los jóvenes con quien la joven flirtea.

Y otra de las hijas sufre, al oír estas palabras, que su hermano pronuncia bromeando, porque aquel hombre, prometido ahora de su hermana, es el que ella ama...

Así, en medio de la tranquilidad, se esparcen los elementos de la tragedia, de la que no puede librarse ninguna familia, y que no por ser silenciosa es menos creadora de dolor...

Carmen, como aun no ama a nadie, ni aun a este Ricardo Sánchez a quien se ha prometido, no sufre. Sólo se ama a sí misma, a sus caprichos, a sus flirts, a sus juegos. Es feliz, plena e inconscientemente feliz.

Rodríguez no deja de ir, ni un solo día, por su despacho, situado en el centro de la ciudad.

Y más frecuentemente de lo que él quisiera, suele encontrar sobre su mesa una multitud de facturas de compras hechas por su hija Carmen. Zapatos, trajes, guantes, sombreros, alguna joya,

todo eso que los hombres han inventado para realzar la elegancia de las mujeres, que son los ídolos que cuentan con más adoradores.

El buen Rodríguez, como todo aquello es hecho por su hija Carmen, la tirana de la casa, paga y no dice nada. Hasta está contento de poder contentar así a la muchacha.

La cual sigue flirteando con los muchachos que la visitan, si bien ahora habla con más frecuencia que con ninguno otro, con Ricardo Sánchez.

Ricardo es un joven de carácter apacible y bueno; algunas mujeres adoran a los hombres de un carácter así, pero Carmen no es de estas mujeres. Ante ella, Ricardo no tiene voluntad y siempre, en sus diálogos, se impone ella, sea lo que sea de lo que hablen.

Oigámosles:

Ricardo: Te quiero Carmen. Y he aquí que me he puesto tu anillo de prometida donde más se ve, para que se conozca y se sepa lo feliz que soy.

Carmen: Oh; no está bien que lo llesves así. Debes ocultarlo. Es preciso guardar por algún tiempo nuestro secreto.

Ricardo: Yo... creía que esto te satisfaría... Me parecía lo mejor... Como te quiero tanto... Pero si tú no quieres que lo lleve...

Carmen: No, no quiero que lo llesves todavía. Guardemos el secreto.

Y Ricardo, como siempre que hablan, calla y obedece.

II

La hija mayor de Rodríguez ha tenido un niño y toda la casa anda revuelta. Rodríguez está

loco de alegría porque le han hecho abuelo y quiere hacer partícipes de su contento a cuantos le rodean.

Unicamente Carmen se muestra indiferente a la alegría que en torno suyo reina. Como no piensa más que en sí misma, como solamente le interesa su propia persona, aquellas ruidosas demostraciones de su padre, especialmente, y de la demás familia, no logran interesarle, ni siquiera llamarle la atención.

Su compromiso con Ricardo Sánchez continúa siendo un secreto, de lo cual se aprovecha ella para flirtear con los amigos que la visitan, alguno de ellos amigo también de Ricardo.

Han pasado unos días, y la llegada de un forastero joven, vestido a la última moda y con un aire cosmopolita muy llamativo en una pequeña ciudad como Villanueva, anuncia su visita a Rodríguez.

Carmen, que ha visto entrar al forastero y que sabe espera, solo en el despacho, a su padre, se dirige allá haciéndose la distraída y como si fuera a buscar un libro.

El forastero, que se llama Valentín González, no ha visto entrar a Carmen, y ésta puede, por lo tanto, dedicarse a estudiar, tanto su fisonomía como su vestimenta.

Le ha bastado a la joven un solo momento de observación para decidirse, con su ligereza habitual, a emprender conversación con el desconocido, dirigiéndole, al tiempo de hablarle, sus miradas más elocuentes y más finamente coquetas.

—Oh, perdone, joven; no sabía que mi padre tuviera visita y venía a buscar un libro...

—Encantado—contesta el desconocido rápidamente,—encantado de verla. Hágame el favor de seguir su busca del libro, como si yo no estuviese

aquí. Además, mientras llega su padre, podremos hablar, ¿quiere usted?

—Sí; ¿por qué no?

—Gracias. Es usted tan amable como bella.

Carmen, al oírse llamar bella por este hombre, que ya le interesa para un nuevo flirt, se queda, de repente, sin saber qué decir.

Afortunadamente llega su padre en este momento, librándola así de una situación un tanto violenta.

Rodríguez reconoce en seguida al forastero. Después de los saludos consiguientes, Rodríguez dice:

—Bien, amigo Valentín. Recuerdo aún de cuando era usted un muchacho. Claro, ha cambiado usted mucho. También ha cambiado nuestra ciudad...

Luego, dirigiéndose a su hija, que aun no se había marchado, hizo la presentación:

—Nuestro paisano Valentín González, que acaba de regresar del extranjero donde ha vivido largos años...

Y al joven:

—Esta es mi hija menor, Carmen...

—Ya he tenido el gusto de saludarla—contesta Valentín.—Y he tenido un verdadero placer al conocerla...

Carmen, complacida, abandona el despacho, dejando en él solos, a Valentín y a su padre. Se dirige a las habitaciones en que suele estar el resto de la familia y habla aquí, con entusiasmo, del forastero:

—Es Valentín González... Acaba de llegar de Italia... Es muy simpático... Y tiene un aire de extranjero muy distinguido.

Tomás, el hermano pequeño, es el único que le contesta:

—Sí, ya he visto que has ido a buscar un libro... ¡Qué manera de engañar!

Pero Carmen no le oye, o hace como que no le oye... y continúa:

—Un aire distinguido, de elegancia... Es alto, tiene buena figura... Su cabeza es espléndida y descansa sobre un torso magnífico... Es, en fin, un joven que no se parece a ninguno de los de aquí...

Y el hermano Tomás, con su acostumbrado tono de burla, añade:

—Sí, un joven que viene a reemplazar a Ricardo Sánchez, como éste reemplazó a los anteriores. Ya te conozco, Carmen.

Pero ésta se ha marchado ya. Ha dispuesto que se debe convidar a cenar a Valentín, y va a decirlo al interesado.

Espera que terminen su padre y Valentín de hablar, para entrar en el despacho nuevamente.

Los dos hombres, en el despacho, están hablando de negocios. Valentín trae de Italia, un negocio de minas.

—Espero—dice a Rodríguez—encontrar aquí en Villanueva, mi pueblo natal, los accionistas para esta sociedad. Se trata de ganar millones, y prefiero que los ganen mis paisanos. He tenido ocasión de formar la sociedad allí mismo, en Italia, donde las minas de petróleo están situadas. Pero me he negado a ello. Prefiero que se enriquezcan las personas que me vieron nacer y entre las que transcurrió mi niñez. Y he pensado en usted, querido Rodríguez, para secretario de esta sociedad. Siendo usted el secretario, dada la solvencia de su firma, no habrá ni un solo habitante de Villanueva que dude en poner su dinero en esta empresa...

—Ciertamente—contesta Rodríguez;—su pro-

posición me parece buena. Pero yo no tengo dinero para negocio tan importante. Una familia tan numerosa como la mía no permite hacer ahorros.

—No importa—insiste Valentín.—Basta con su crédito. Nadie dudará de acudir con su dinero, siendo usted el secretario de la sociedad...

Carmen, impaciente ya, entra en el despacho, dando fin a esta conversación.

—El señor González—dice—¿se quedará a cenar con nosotros?...

Acepta Valentín, encantado, la invitación.

Cuando llega la hora de la cena, en la mesa, la única que habla es Carmen. Todos los demás escuchan y aprueban cuanto dice, sea ello lo que sea.

Valentín se percata, en seguida, de que esta muchacha es la reina de la casa. Y en su cabeza se ha empezado a esbozar un plan...

Después de la cena, Valentín y Carmen, juntos y solos, salen al jardín que rodea la casa. Arriba, la luna, bella y blanca, derrama su luz poética y encantadora.

Hay rumor de árboles que el aire sacude débilmente y todò convida a decir palabras gratas.

Carmen se deja acariciar por la idea de un nuevo flirt con este joven que la acompaña. Y éste, en cuyo plan entra hacer el amor a la joven, comienza su declaración, pero hablando, especialmente, del negocio de las minas...

—Voy a hacer rico a su padre—dice Valentín,—inmensamente rico. Entonces usted, tan bella, podrá tener trajes lujosos, automóviles, todo eso que tanto se merece usted, para marco apropiado de su belleza.

—¡Qué magníficas y amables parecen las estrellas esta noche—dice ella como si no hubiera oído las palabras de él.—A mí me gustan las co-

sas amables y magníficas. Y también las cosas fuertes...

Carmen procura, charlando así, disimular su agrado por lo que Valentín ha dicho. Pero él, que la comprende muy bien, sabe que aquello del lujo la agrada y continúa hablando de ello, y hace desfilar, con una charla pintoresca, ante los ojos de la joven, un mundo nuevo, de riqueza y de fausto.

III

Cuando ya ha empezado el flirt entre Carmen y Valentín, ella hablando en tono soñador y él procurando deslumbrarla con evocaciones de lujos regios, llegan, como acostumbran cada noche, Ricardo Sánchez y otro de los adoradores de Carmen, llamado Pedro Ramírez.

La joven se siente molesta por aquella visita, llegada en los momentos en que se iba animando su conversación con el recién llegado, y apenas sabe disimular su desagrado.

Entra en la casa para llamar a su hermana con el fin de que entretenga a los dos jóvenes para poder así ella continuar su charla con Valentín. Su egoísmo, como el de todas las mujeres coquetas, resalta aquí de un modo patente. Nada le importan, en aquel momento, los dos hombres amigos, ni su hermana, ni sus padres. Lo sacrificaría todo con tal de que su empezado flirt no se trunque.

Valentín aprovecha la ausencia de Carmen para hablar a Pedro y Ricardo de su negocio de minas. Pero éstos le oyen con frialdad y sin ningún interés. Por este motivo, su plan cerca de Rodríguez, se afirma más aún en su mente. In-

teresando a Rodríguez en la empresa, todos los conocidos de éste aportarán su dinero para sacarla adelante. Y Carmen, interesada visiblemente por él, va a ser el arma de que se valdrá para que Rodríguez acepte la secretaría de la sociedad minera. El plan, pues, está ya en su mente redondeado.

La hermana de Carmen, que es precisamente la que está enamorada de Ricardo, aparece y se sienta junto a este joven, el cual apenas la atiende, puesto que ve, con gran disgusto, que Carmen no le hace ningún caso esta noche, abstraída por completo en su conversación con el forastero, junto al que se ha sentado nuevamente y con el que habla entusiasmada.

El otro joven, Pedro, no teniendo con quien hablar, se pasea molesto por el jardín, despechado por la desatención de Carmen.

Pero de todos, quien sufre más, es la enamorada de Ricardo. Precisamente cuando su hermana ha ido a llamarla, acababa de escribir en su diario estas cariñosas palabras: «Nunca lo sabrás, Ricardo, pero te querré siempre, hasta que muera; y aun después de muerta, si todavía soy yo, te seguiré queriendo.»

Verse, pues, al lado de este hombre a quien ama, sin que éste la atiende ni le hable, sufriendo por el contrario porque otra mujer, a la que él ama, o cree amar, y que es hermana de ella, habla con otro hombre, es para esta joven enamorada un suplicio de infierno...

Carmen, ajena a cuantos le rodean, multiplica sus coqueterías en torno a Valentín.

Y éste, dominado por su idea fija, le habla así:

—Su papá es justamente el hombre indicado para ser el secretario de nuestra compañía... Ello significa para ustedes, riqueza, lujo, todo... Debe usted procurar convencerle...

—Lo procuraré — le contesta Carmen. — Haré cuanto pueda por convencerle.

—Sí, hágalo. Perdóneme que le hable de negocios, cuando sólo debiera hablarle de amor. Porque desde que la vi me sentí enamorado de usted... Pero precisamente porque la amo es por lo que hablo de negocios. Parecerá extraño, pero es cierto. Antes, este negocio me interesaba mucho. Ahora, que la conozco a usted, me interesa mucho más. Quiero hacerles ricos, quiero yo hacerme rico también, para rodearla a usted de comodidades, de lujos, de automóviles... Y usted, Carmen, ¿me quiere algo a mí?

—Sí, le quiero, Valentín. Le quiero desde que le he visto... Ir a París, tener trajes y automóviles... siempre he soñado con todo eso...

Valentín se sonríe oyendo a Carmen esta declaración. El arma para convencer a Rodríguez ya está en sus manos.

—Seremos muy felices—dice a Carmen, que le escucha ensimismada. — Correremos todo el mundo. Visitaremos todas las ciudades famosas. Y la riqueza de que nos rodearemos, será la envidia de cuantos vivan alrededor nuestro. Competirás con las damas más ricas, y, como por tu belleza ya puedes ser admirada, lo serás doblemente por el lujo con que la realces.

—Sí, Valentín, has venido a que se cumplan y realicen todos mis sueños. Te amo... Convenceré a mi padre de lo que deseas para que nuestra vida sea en lo futuro tal como tú explicas que será, tal como yo había soñado que sería...

Abstraídos de todo y de todos siguen hablando así. Entretanto, Ricardo y Pedro se aburren, y la hermana de Carmen, tan enamorada, sufre los más crueles tormentos...

A la noche siguiente, en una fiesta que da a

sus conocidos semanalmente la señora de Arias, Valentín y Carmen reemprenden su charla extraña, en la que las palabras riqueza, lujo, automóvil, son más frecuentes que la palabra amor...

También están en la fiesta Ricardo y Pedro, completamente desatendidos por Carmen. También está Laura, la hermana de Carmen, la enamorada de Ricardo, la cual se siente feliz porque ha bailado dos o tres veces con este hombre a quien ama.

Valentín aprovecha los momentos de descanso para hablar a los asistentes de la fiesta de su negocio.

Uno de los más prestigiosos negociantes de Villanueva le dice:

—Su proposición parece buena, González. Si Rodríguez dice que está bien y acepta el cargo de secretario, puede usted contar conmigo. Y creo que la mayor parte de los habitantes del pueblo pensarán lo mismo...

Después de saber esto, las atenciones de Valentín para Carmen son aún mayores... Baila con ella y la acaricia con su mirada al propio tiempo que desliza en su oído las palabras que sabe son para ella más sugestivas:

—Iremos a París, a Berlín, a Viena, a Niza. Pasaremos temporadas en la Costa Azul. Visitaremos la Alhambra. Y nuestro automóvil, de la mejor marca, recorrerá todos los bellos caminos del mundo...

IV

Tomás, el hermano pequeño, que había sorprendido ya diversas veces a su hermana Laura escribiendo en un libro que él no había visto nunca, sentía una inmensa curiosidad por conocer

aquel misterioso libro. Esta noche, mientras sus hermanas están en la fiesta, se ha escondido en la habitación de Laura en espera de poder así lograr lo que desea.

Cuando Laura regresa de la fiesta, antes de meterse en la cama, escribe unas líneas en aquel libro, lo esconde después, y se ausenta.

Un momento después, el libro está ya en manos de Tomás. Y el muchacho tiene, con aquella lectura, una revelación inesperada, que le apena y le hace compadecerse de su pobre hermana. En seguida se forma un propósito, el cual lo lleva a cabo al día siguiente. Pone en manos de Ricardo, el hombre amado por Laura, sin que éste sepa por qué medio llegó hasta él, aquel libro.

Ricardo ha abierto el diario y lo ha leído por entero. La última nota, correspondiente al día anterior, dice así: «Nunca, nunca, he sido tan dichosa como esta noche, cuando bailaste conmigo. Creo que nunca lo sabrás. Amándote he conocido el verdadero significado de la vida.»

Ricardo, sin reflexionar suficientemente lo que hace, se dirige a la casa de Rodríguez, dispuesto a devolver a Laura su diario. No piensa que va a hundir una vida. No medita en el hecho de que esta joven, tan sensible y tan enamorada, cuando vea descubierto su secreto, sufrirá de un modo horrible. No sabe que lo mejor, sin duda, sería procurar que el diario llegara otra vez a las manos de su dueña sin que ésta supiera que era por él conocido.

Ignorante del daño que va a causar, entra en la casa, va hacia Laura, y, tras una pequeña vacilación, pone el libro en sus manos, diciendo:

—No supe qué hacer... Pensé fingir no haber leído nada, pero no soy bueno para disimular. Y

la única cosa que me ha parecido honesta ha sido el devolverle su libro...

Laura, pálida, pronta a caer exánime, dice con amargura:

—No sé cómo ha llegado ese libro, por mí tan querido, a sus manos... Ahora ya sabe usted, Ricardo, todos los secretos de mi corazón... ¡Perdóneme el amor que le tengo!

Y llora, apenada, al decir estas palabras.

Ricardo, cruel, inconsciente, añade:

—Laura, usted es una buena muchacha y yo la aprecio de un modo cordial... Pero nunca ha existido para mí otra mujer que su hermana Carmen... A ella es a la que amo...

—Ya lo sé—dice Laura, apenada.—Porque lo sé no habría querido que supiera usted cuáles son mis sentimientos más íntimos...

—Seremos siempre muy buenos amigos—continúa Ricardo,—¿verdad, Laura?

La joven, pálida, no sabe ahora qué contestar. Ricardo se aleja de ella y sale de la estancia. Laura cae en el suelo, junto a la chimenea y el llanto, sostenido hasta aquí, irrumpe. Solloza, la pobre, con una amargura infinita.

La escena ha sido presenciada por Tomás, desde una puerta entreabierta, en la que estaba escuchando lo que se hablaba. Cuando sale Ricardo, entra él y se arroja sobre su hermana a la que acaricia, como queriendo consolarla. Pero él también necesita consuelo. Tanta es su pena al ver la desgracia de su hermana, que acaba por ocultar su cabeza en las faldas de ella y por echarse a llorar...

Laura ha encendido fuego en la chimenea y arroja a él su amado diario. Y a medida que las llamas van consumiendo aquellas páginas íntimas y sentidas, la muchacha va palideciendo, dolorida

y maltrecha. Su vida, como una flor, ha sido troncada. En su rostro, con las más diversas contracciones de dolor, aparece una mueca trágica. Se ve que acaba de renunciar a lo que era la única luz en su vida. Su hermano continúa llorando, junto a ella, largo rato. Luego sale en silencio y escribe a Ricardo la siguiente carta:

«Yo fui quien tomó el libro de Laura y quien lo llevó a su casa. Ignoraba que esto había de causar a mi hermana tan gran sufrimiento. Pensé hacer una broma y ahora siento haber hecho tal cosa, porque Laura sufre horriblemente y yo no sé qué hacer para consolarla.—Tomás.»

Carmen, entretanto, ajena, como siempre, a cuanto ocurre a su alrededor, sólo se preocupa de Valentín y de los negocios que éste proyecta.

Aun cuando hubiera visto sufrir a su hermana y llorar a su hermano, no habría dado ni un paso para averiguar lo que pudiera ser objeto de sus penas. Nada que no sea ella misma y su flirt con González logra llamar su atención.

González, que es un tipo aventurero, sí, ha logrado, no sólo interesarla, pero sugestionarla, y Carmen, sin darse cuenta de ello, está a merced de él, el cual la hace servir para realizar sus ocultos designios. Porque González tiene algo misterioso que realizar: su negocio de minas. Y como nadie pone dinero en empresas tan hipotéticas, tan lejanas y tan poco conocidas como ésta de González, el fracaso de su empresa era casi seguro.

Pero habiendo conocido a Carmen, ha cambiado el aspecto de su negocio, la ligereza, la coquetería de la joven van a ser explotadas por él. Ya ha logrado, como hemos dicho, sugestionarla. Hasta tal punto es esto cierto, que Carmen no habla con sus amigos nada más que para comprometerles a que pongan dinero en la empresa de González.

lez, asegurándoles que su padre será el primero en acudir con todo su prestigio a formar parte de la sociedad proyectada. Ha hablado de ello con Ricardo y con Pedro y con otros muchos muchachos que habían sido adoradores suyos.

Hasta ahora, nada ha logrado. Pero esto no importa a González. El cual lo que desea es valerse de Carmen y de la influencia que ella tiene sobre toda su familia, para comprometer a Rodríguez. Con esto le basta para su designio. Y como Carmen está ciega por las promesas de lujo y de riqueza que él le repite diariamente, es seguro que lo conseguirá. El flirt, para Carmen, es una diversión; para González uña de ganzúa con la que va a abrir la caja de Rodríguez...

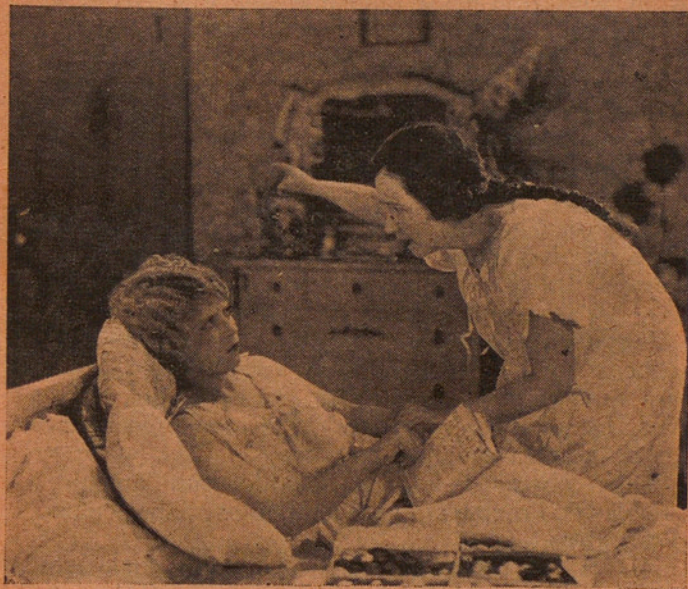
V

En el jardín, entusiasmado él y atenta, muy atenta ella, están hablando Carmen y Valentín. Cualquiera supondría que están hablando de amor; nada más lejos de la realidad, sin embargo. Están hablando de negocios, de viajes, de cosas poco amorosas, en fin.

Todos los flirts que hasta ahora ha tenido Carmen, han sido superficiales; éste de ahora, el más serio, es un poco repugnante. Aun dejando aparte las feas intenciones que animan a Valentín en este asunto; aun olvidando la proverbial ligereza de Carmen, en gracia a su encanto y a la belleza de su figura, no es posible avenirse con las charlas que sostienen, en las que sólo la palabra negocio tiene una significación clara y rotunda.

Hablan ahora, repetimos, y todas sus palabras versan sobre el mismo tema.

—Nuestra compañía — dice él — está completa, Carmen. La firma de su papá en este papel le hará secretario de la sociedad. En seguida comenzaremos las operaciones. Porque en cuanto sea conocida la noticia de que su padre ocupa la secre-



taría de esta empresa, el dinero para ella no ha de faltar. Todos querrán tener acciones en un negocio apadrinado por Rodríguez, el hombre íntegro y honrado...

—Sí, en efecto—contesta Carmen.

Y coge el papel que Valentín le entrega.

—Después—añade él,—ya lo sabes, querida... ¡París, Nápoles, Roma, el mundo entero...!

—¡ Oh, sí, mi sueño !—dice Carmen con tono alegre;—mi sueño, tanto tiempo acariciado.

Valentín, viéndola tan predispuesta para lo que él desea, se despide, diciendo :

—Voy a buscar un automóvil... Mientras vuelvo con él, puedes, amada mía, recoger la firma de tu padre... Luego iremos a dar una vuelta a la ciudad. Tenemos que ir preparando nuestros nervios para las largas caminatas a toda velocidad... ¡ Adiós ! Vuelvo en seguida con el automóvil.

Se aleja Valentín y Carmen se dirige a la casa. Se encuentra, antes de entrar en ella a Ricardo que le dice :

—Pero, Carmen, siempre estás con González... Si es que has cambiado de parecer respecto a mi debes decírmelo.

—No seas tonto, Ricardo—contesta ella rápida y alegremente;—solamente hablo con González de negocios. Estoy hablando de arreglar las cosas para que tú y papá y todos los conocidos seáis ricos. De este modo no tendremos que preocuparnos cuando ya estemos casados.

—No obstante—agrega Ricardo, tímidamente,—debías dedicarme algunos momentos. Sabes cuánto te quiero...

—Hoy no, Ricardo—dice ella;—me duele un poco la cabeza. Mañana nos veremos. ¿ Quieres ?

Ricardo asiente y se marcha. Ella entra en la casa, se dirige al despacho de su padre y, en cuanto está junto a él, antes de saludarle, le dice :

—Vengo, querido papá, a hablarte otra vez de la Compañía minera del señor González...

—Ahora no tengo ningún dinero, Carmen ; no dispongo de capital que poner en ninguna empresa. Tú ya sabes que mis negocios no han ido muy bien en los últimos tiempos...

—¡ Pero si no necesitas ningún dinero, papáito, pera el negocio del señor González... ! Solamente hace falta tu nombre para ser puesto al frente de la secretaría de la sociedad. Nada más que por ser secretario tendrás acciones suficientes para ponerte rico.

—Quizá, Carmen... Pero yo no puedo pensar en arriesgar mi reputación en un negocio que no conozco. Caso de aceptar, habría de investigar la proposición del señor González, enterarme del fundamento de ella, averiguar dónde se encuentran esas minas que se trata de explotar...

—No arriesgas tu reputación, papá, en este asunto. Tú sabes que el señor González es una buena persona y esto, supongo, debe bastarte...

—A ver, a ver. ¿ No está mi querida Carmen—cita tomándose mucho interés, un gran interés, en los negocios del señor González ?

—Sí, que tengo un gran interés en ellos. ¿ Puedes acaso criticarme por eso ? Me tomo un gran interés porque se trata de algo que puede hacerte ganar mucho dinero...

Y ante un gesto de desagrado de su padre al oírla hablar así, Carmen, al ver que, por vez primera, no se accedía rápidamente a uno de sus caprichos, continúa :

—Sí, hacerte rico... Cuando nos has criado a todos pobre y miserablemente en esta fea y vieja casucha...

—Pero, Carmen, ¿ qué estás diciendo ?

—Sí, sí, nunca has hecho nada por mí—continúa Carmen, fuera de sí,—nada... nada... nada...

Rodríguez no sabe qué hacer ni qué decir. Su hija es injusta, terriblemente injusta. Toda su vida de modesto comerciante no ha tenido otro objeto que traer al hogar el mayor número de comodidades y precisamente es a su hija Carmen a la que

más todos han atendido y los caprichos de ella han sido siempre los primeros que se han satisfecho. ¿Por qué estas acusaciones, pues?

Ella, tan acostumbrada a imponerse, al tropezar ahora con una pequeña resistencia, se ha puesto colérica. Eso es todo. Y en su cólera, salta por encima de todas las conveniencias sociales y acusa a su padre, como acusaría a todo el mundo si para ello tuviera ocasión.

La reina de la casa advierte que en un dado caso, casualmente en el que ella se ha tomado más interés, no la obedecen y se pone furiosa. En su furia, nada le importa su padre, que está anonadado, deshecho, sufriendo de un modo indecible.

Y, nerviosa, continúa sus imprecaciones:

—No quieres hacer esto que te pido, porque esto podría hacerme dichosa. Dichosa, cuando, ¡Dios mío!, puedo morirme...

Diciendo estas crueles palabras, cae sobre el suelo, al parecer, sin sentido.

VI

—Son sus nervios—dice el médico, que ha sido llamado a toda prisa.—Déjenla tranquila, solamente unos días, y todo pasará.

Pero en cuanto el médico sale de la habitación de Carmen, ésta, pasados ya su malhumor y su cólera, que era lo único que la había puesto, al parecer, enferma, se levanta de la cama y se dispone a salir, revisando para ello sus trajes, buscando uno que la haga más elegante, su eterna y continua preocupación.

Ha pasado ya un largo rato desde que se despidió de González, y supone, fundadamente, que

éste la esperará ya con el automóvil para el prometido paseo.

Entretanto, su padre se ponía enfermo de verdad. Las acusaciones de Carmen le habían herido profundamente y, cuando el médico salió de ver a la joven, advirtió en el rostro de Rodríguez señales claras de una enfermedad que llegaba. En efecto, Rodríguez tiene que ser llevado a la cama, pálido y desfigurado.

Cuando ya descansa en el lecho, llama a su hija Laura y le dice:

—Vé y dile a Carmen que siento mucho el haberla hecho enfermar... y que voy a hacer todo lo posible para cumplir lo que me pidió.

Laura, entristecida, por la repentina enfermedad de su padre, y, obediente a su mandato, sale y se dirige a las habitaciones de su hermana. Llega a ellas en el preciso momento en que Carmen se decide, para salir, por uno de sus trajes. Y ante la mirada interrogativa que le dirige su hermana, contesta:

—Me encuentro mucho mejor y creo que si voy fuera, a pasear un rato, el aire fresco me hará mucho bien...

—Nuestro padre, Carmen—le dice, en tono de reproche Laura,—se ha puesto muy enfermo. El doctor acaba de verlo y ha asegurado que se trata de algo grave...

—No hagas caso del doctor, Laura. También ha dicho que yo me encontraba muy mal y heme aquí tan buena como siempre... Estoy segura, pues, que lo de papá no es nada...

—No, Carmen, es cosa seria. Su rostro lo dice bien claramente.

—No me hagas caso, Laura... ya sé que yo soy un pequeño diablo... Iré cuando regrese de mi paseo a ver a papá...

Sale Laura, apenada por el egoísmo de su hermana. Y en tanto que ella oye como su padre, olvidando sus propios males, se interesa grandemente por el estado de su hija Carmen, haciéndole a ella mil preguntas, percibe que su hermana sale a pasear, como le ha dicho, sin entrar siquiera a preguntar cómo se encuentra su padre... Esto hierre a la sensible Laura en lo más íntimo de su alma, tan tierna y tan delicada.

Carmen, en efecto, sale ya de su casa, al propio tiempo casualmente que el doctor, el cual la reconoce y no sabe qué decir.

Tampoco podría haber dicho nada porque Carmen corte y monta rápida en un automóvil que espera.

Dentro del automóvil está González, al cual Carmen entrega un documento, ya firmado, lo que proporciona a éste una alegría tan extraña, que no sabe disimularla.

—Es usted lista de verdad, Carmen—le dijo Valentín.—(Advirtamos que, como no mediaba en estas relaciones ningún amor, cuando González quiere ser cariñoso tutea a Carmen; pero le habla de usted en la mayoría de las ocasiones, especialmente cuando conversan de negocios)—¿Cómo consiguió la firma de su padre? Oí decir que su padre se había indispuerto y supuse no se hallaría en condiciones de hablar de negocios...

—Seguramente que no está bueno, y menos para hablar de negocios con nadie, excepto conmigo—aseguró Carmen;—pero cuando seamos ricos tendrá que darme las gracias por ello.

—Gracias, querida Carmen. Se acerca ya nuestro triunfo y con él el comienzo de nuestra nueva vida... de nuestro viaje...

La enfermedad de Rodríguez dura más tiempo del que se esperaba, y todos sus negocios están

abandonados. Pero como su crédito es tan firme, nadie presenta a la familia facturas ni reclamaciones. Todo, en efecto, continúa igual.

Valentín González ha dado publicidad al documento firmado por Rodríguez, y en seguida han empezado a suscribirse, con acciones, la mayoría de los comerciantes y capitalistas de Villanueva.

La enfermedad de Rodríguez ha sido para González una fortuna inesperada, y Carmen, que le ve tan contento, está también contentísima.

Rodríguez, en cuanto se encuentra, tras larga convalecencia, un poco mejor, acude al despacho, abandonado durante la enfermedad.

Y cuando apenas llega, recibe la visita de Valentín, que le dice:

—Traigo algo para que lo firme, señor Rodríguez.

Y le presenta un bloc de acciones de la sociedad minera.

—¿Cómo?—pregunta Rodríguez, sorprendido.

—Es costumbre que el secretario de una compañía firme las acciones.

—¿Yo, secretario?

—Sí. Véalo usted.

Y González le entrega el documento, que dice así:

«Compañía Petrolera de Torino. Muy señores míos: Tengo el gusto de informarles que he investigado minuciosamente los documentos concernientes a las propiedades de esa compañía y he encontrado todos sus derechos justificados.

»Incluyo, pues, mi suscripción por 5,000 acciones y tengo el placer, al mismo tiempo, de aceptar el amable ofrecimiento de ser el secretario de esa compañía.

»Quedan ustedes autorizados para publicar esta carta como prueba evidente de mi fe en esa em-

presa, y como una recomendación para el público, lo mismo que para mis amigos, para que también inviertan dinero en las acciones de la sociedad. De ustedes, etc., etc.—*Jaime Rodríguez.*»

A medida que ha ido leyendo, Rodríguez se ha puesto pálido. Terminada la lectura, ha dicho con calma:

—Esta no es mi firma, señor González. ¿De dónde ha sacado este documento?

—Me lo entregó su hija Carmen. Me dijo que a ruegos de ella usted lo había firmado.

—¡Ah!—exclama Rodríguez, apenado.

Y González, aprovechándose de la situación, continúa:

—Comprenderá que lo mejor es que firme usted estas acciones... ahora mismo.

Rodríguez, por única respuesta, coge el documento con la firma falsa y lo rompe. Pero González, cínicamente, exclama:

—Inútil su cólera. Eso no es más que una copia para el anuncio. El original lo guardo en sitio seguro...

Rodríguez entonces, dignamente, señala a Valentín la puerta.

Cuando apenas se ha serenado de la impresión de esa escena, recibe la visita de una comisión. Uno de los visitantes, adelantándose, le dice:

—Nosotros, señor Rodríguez, representamos a los suscriptores de la Compañía Petrolera de Torino, la cual, creemos que usted ha investigado antes de apoyarla y de tomar el cargo de secretario. Pues bien, vea el telegrama que acabamos de recibir del cónsul: «Compañía Petrolera de Torino no tiene nada en esta sección. Valentín González es desconocido aquí.»

Rodríguez no contesta nada. Ante su silencio, el comisionado continúa:

—Hay como unos seis mil duros en suscripciones hechas por González y bajo la responsabilidad de usted... Queremos ese dinero... y lo queremos ahora mismo...

Rodríguez haciendo un esfuerzo supremo, contesta:

—Yo no tengo ni un solo céntimo de esas suscripciones... González no me ha dado ningún dinero... Yo no sé nada de todo esto...

—Sin duda es verdad lo que usted dice, señor Rodríguez. Pero González no tiene ninguna solvencia, y si está aún en nuestra ciudad, no es posible encontrarlo. Se oculta, si es que no ha huído. El secretario legal, por otra parte, es usted, y usted es, por lo tanto, responsable de nuestro dinero. Porque solamente por su crédito lo pusimos en tal empresa...

VII

Carmen, oculta en un rincón del despacho de su padre, ha asistido a estas dos escenas. A la de Valentín con su padre y a la de los comisionados. Una súbita revelación ha tenido, pues. González no es más que un granuja. Está segura de que, en cuanto salió del despacho, ha huído y de que no será ya posible encontrarle. Indecisa, no sabe qué determinación tomar. Sin embargo, egoísta, como siempre, no siente ninguna amargura por lo que ocurre a su padre. Sólo está apenada por el derrumbamiento de su castillo de ilusiones. Y en lugar de procurar buscar un remedio para la situación en que los suyos van a encontrarse, sólo piensa en encontrar un medio de huir ella también.

No se le alcanzan, ni mucho menos, las consecuencias trágicas de su flirt; únicamente se siente despechada, como si ella sola hubiera sido objeto de una burla. Tan ligera y tan superficialmente como es en ella costumbre, trata de salvarse, sola, del ridículo en que ha caído, no importándole absolutamente nada la desgracia de los demás.

Sigue pensando como reina y señora de la casa. Que se hunda todo, le es indiferente; que sufra su padre, no le interesa; que todos los que hasta ahora se han desvivido por que todos sus caprichos sean satisfechos; se vean envueltos en un sucio asunto y que se arruinen, quizá en la vergüenza, le tiene sin cuidado; nada existe para ella si no es ella misma. Piensa, pues, en su salvación particular.

Y no se avergüenza de su proceder. Todo lo que ocurre es consecuencia de su flirt; sólo ella es la culpable de cuanto sucede; ha llegado hasta a falsificar la firma de su padre, sugestionada por el deseo de riquezas y de lujos que Valentín le explicaba. Pues bien; nada de esto la apena. Huir, huir y salvarse ella sola es su único pensamiento.

Abandona el despacho de su padre, sin ser vista, y se dirige a las oficinas de su prometido, que tanto tiempo había tenido olvidado, Ricardo Sánchez. En cuanto está junto a él, le dice, apasionada:

—Cuando nos prometimos, Ricardo, me dijiste que te iba a hacer el hombre más feliz del mundo... Oyeme, pues; si me prometes salir hoy mismo para un largo viaje, como me prometiste, para nuestra luna de miel, me casaré contigo ahora mismo...

Ricardo, que se había dado cuenta de la indiferencia de Carmen hacia él, había vuelto los ojos a Laura, que tanto le amaba. Se sorprende mucho

de estas palabras de Carmen, pero no pierde la serenidad. Le contesta, pues, tranquilamente:

—No acepto tu proposición, Carmen. Sé que hemos estado equivocados, los dos, durante mucho tiempo... En realidad, ni tú me has amado nunca, ni yo tampoco, ciertamente, te amaba. Estaba nada más que admirado de ti y confundí la admiración con el amor...

Carmen, sin contestar nada, sale en silencio. Quizá ha sentido la primera amargura de su vida, no por haber descubierto que no la aman, sino por advertir que acaso no pueda realizar su propósito. Aun no se convence de qué lo que hace es todavía flirtear, es decir, obrar con ligereza, sin reflexión, a salga la que saliere.

Pero una nueva esperanza ha acariciado su pensamiento. Se ha acordado de Pedro Ramírez, otro de sus antiguos y fervientes adoradores. Se dirige en seguida, sin meditar más en su busca...

Entretanto, Rodríguez ha escrito a todos sus amigos pidiendo dinero. Y a su hijo mayor, que vive en una ciudad lejana, le ha enviado el siguiente telegrama: «Puedo emplear dinero en buen negocio si puedes enviármelo. Envía la mayor cantidad que te sea posible. Cariñosamente.—Tu padre.»

Después de esto se dirige, deshecho, a su hogar. Mientras, Carmen ha llegado ya adonde se encuentra Pedro, y está hablando con él. Le sonríe, coqueta, cariñosa y como enamorada, diciéndole:

—Recuerde, Pedro, que me dijo una vez que, cuando me cansara de jugar con los demás hombres, acudiera a usted. Pues bien, ya he terminado de jugar...

—¿Cómo? —preguntó Pedro, fuera de sí.— ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que siempre te amé, Pedro... eso es todo... Y que si me prometes emprender un largo viaje en seguida, nos casamos ahora mismo...

—Aceptado, Carmen. Haremos un viaje de varios meses, como deseas. Vamos a la iglesia de San Marcos, sin perder tiempo... andando...

Pedro telefona a Ricardo la inesperada noticia de su boda. Ricardo imagina algo grave y sale hacia casa de Rodríguez.

Rodríguez está ya entre los suyos, apenado y sufriente. Laura ha visto en el rostro de su padre las huellas de un profundo sufrimiento. Le interroga, cariñosamente y dolorida. Rodríguez dice su gran apuro, la precisión de encontrar dinero a toda costa.

Laura le sigue interrogando. Sabe, al fin, la culpa de Carmen en el asunto y sale, decidida, en su busca.

En la puerta encuentra a Ricardo que llega en automóvil.

Explica ella adonde va. Explica él lo que sabe. Parten los dos en el automóvil de Ricardo.

Y en la cara de Laura hay pintada una angustia sin límites.

VIII

Los comisionados que visitaron a Rodríguez, en nombre de los accionistas de la empresa imaginada por Valentín González, presentaron, en cuanto se despidieron de éste, la oportuna denuncia judicial.

Inmediatamente, un inspector de policía, acom-

pañado de dos agentes, se presenta en el domicilio de Rodríguez, llevando el espanto a toda la familia. Se ve que traen orden de detención contra él.

A las preguntas del inspector, Rodríguez contesta, serenamente:

—Hago constar que nunca, en toda mi vida, he hecho nada deshonesto...

—Bien—dice el inspector.—Pero esta empresa...

—Afirmo que Valentín González no me ha entregado ningún dinero del que él recogió por la venta de acciones... Y afirmo también que, si dispusiera de capital, pagaría hasta el último céntimo, con mucho gusto, de mi propio bolsillo. Mi nombre, siempre limpio, no se mancharía...

Mientras, Laura y Ricardo han llegado a la iglesia, donde Carmen acaba de casarse con Pedro Ramírez.

Laura, con una violencia y una energía insospechadas, coge a su hermana y la saca, a la fuerza, de la iglesia; la hace subir, a empujones, al automóvil; ordena a Ricardo que parta velozmente, y cuando llegan ante su domicilio, con la misma energía la sigue empujando, siendo inútiles todos los esfuerzos de Carmen por librarse de las manos de Laura y huir.

Sin dejar de empujarla, con violencia, la obliga a entrar en la casa y la arroja, en fin, en la habitación en donde la familia está reunida, acompañada ahora de los policías. Pone frente a frente a Carmen y a su padre. Este, con la mirada, la ordena que no diga nada. Pero Laura, que lo sabe y lo ve todo, se impone con una dignidad ejemplar.

Carmen, obligada, pues, por su hermana, habla:

—Mi padre no firmó ese papel... Lo firmé yo... Yo he falsificado su firma...

Laura empezaba a tranquilizarse, pero poco había de durar. En efecto, oye como el inspector, contestando a la afirmación de Carmen, dice:

—Ya se averiguará si eso que usted dice es verdad. De todos modos, sea o no falsificada la firma, si no se paga a los poseedores de acciones la denuncia tiene que ser ejecutada. Señor Rodríguez—continuó,—tiene usted que acompañarnos, en calidad de detenido...

En este momento, irrumpe en la estancia un joven. Se ve que acaba de llegar de un largo viaje. Tiene aún en las manos una maleta. Es el hijo de Rodríguez.

—¿Qué significa esto?—pregunta, dirigiéndose a los policías.

—Significa, joven, que su padre es el socio de un estafador.

—Eso es mentira—contesta el joven, colérico.—Mi padre no ha hecho en su vida nada deshonesto. Mi padre es incapaz de lo que se le acusa.

—Hay un documento...

—Aseguro que debe ser falso. Y, en fin, si mi padre es responsable de ese dinero, yo lo devolveré hasta el último céntimo... Le ruego que nos dejen solos unos momentos. Necesito hablar con mi padre... Salgan descuidados... ¡No se escapará!

Salen los policías, y toda la familia rodea al joven. Rodríguez le abraza conmovido.

—Por tu telegrama, papá, comprendí que algo muy grave ocurría... Por eso, en lugar de contestarte, he venido. ¿Qué es lo que pasa?

Laura se adelanta y le explica, atropelladamente, lo hecho por Carmen.

El joven mira a su hermana severamente, pero Rodríguez, magnánimo siempre, la disculpa:

—Carmen no sabía lo que hacía, Antonio, hijo querido. Ella es buena...

—Bien. Lo comprendo todo. No llores, Carmen—le dice su hermano, abrazándola.—Todo está arreglado. Basta con que sepamos que tú no querías hacerlo...

Y dirigiéndose a todos, añade:

—Voy a ultimar este asunto con la policía.

Carmen, en un momento, ha sufrido una maravillosa transformación. Su tremendo-egoísmo ha recibido un golpe mortal al ver como todos los suyos se sacrifican por ella, y como todos, hasta su hermana Laura, la perdonan y la abrazan.

Llora copiosamente, y a medida que sus lágrimas corren por el rostro, va sintiendo en su alma una ternura infinita por todo lo que le rodea, tan modesto, pero también tan honrado.

De vez en vez levanta la mirada y acaricia con ella a sus padres, a sus hermanos, a los muebles, a todo cuanto hay en torno suyo.

La lección ha sido dura. Pero ha infundido en su vida un matiz de seriedad. Ahora y ya para siempre, esta seriedad, serena y reposada, la hará mucho más bella...

Para solemnizar el buen fin de la tragedia en que estuvieron expuestos a perecer, la familia Rodríguez se reúne para una comida, en torno a la mesa familiar. Pedro Ramírez, marido ya de Carmen, está loco de alegría. Y ella también está alegre. Pedro es digno de ser amado. Rodríguez goza de ver a todos los suyos juntos. Laura, ya prometida de Ricardo, al que tan hondamente ama, se sienta junto al amado.

Y siendo todos tan felices, la más feliz es, sin duda alguna, ella, Laura, porque ella es de entre-

todos la que ama de un modo más acabado y más absoluto; la que más vive para el amor. Nunca tuvo un flirt, esa relación tan superficial. Amó desde el primer momento, con toda su alma.

Por eso tiene en su mirada, una expresión tan extraordinaria.

FIN

Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, o'20 ptas. La colección completa, franco de portes, 22 ptas.

* * *

Magníficas ampliaciones artístico-fotográficas (24 x 30) de los «ases» del cine, a 1'25 ptas. ejemplar, franco de portes.

ARGUMENTOS - NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

El hombre sin nombre.—Hermoso tomo en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura relatando en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

* * *

La hija de la ajusticiada.—Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. o'60 ptas. ejemplar.

* * *

El Doctor Mabuse. — Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana. Lleno de interés hasta su epílogo, en que el bien triunfa de la maldad. o'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barará, 15. Apartado 925 — Barcelona